

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
DE ANADLUCÍA ORIENTAL (GRANADA)

**El nacimiento de la micología cutánea
y la pintura de su tiempo**

DISCURSO

Para la recepción pública del Académico Electo
ILMO. SR. D. VICENTE DELGADO FLORENCIO

Y la contestación del Académico Numerario
EXCMO. SR. D. GONZALO PIÉDROLA ANGULO

25 de abril

GRANADA 2008
REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
DE ANADLUCÍA ORIENTAL (GRANADA)

El nacimiento de la micología cutánea y la pintura de su tiempo

DISCURSO

Para la recepción pública del Académico Electo
ILMO. SR. D. VICENTE DELGADO FLORENCIO

Y la contestación del Académico Numerario
EXCMO. SR. D. GONZALO PIÉDROLA ANGULO

25 de abril

GRANADA 2008

Excma. Sra. Presidenta de la Real Academia de Medicina y Cirugía
del Distrito de Granada (Andalucía Oriental)

Excmo. Sr. Presidente del Instituto de Reales Academias de
Andalucía.

Autoridades presentes

Excmo. e Ilmos. Sres. Académicos

Queridos amigos

Querida familia

Señoras y señores.

Con dos palabras quiero comenzar mi intervención: ilusión y gratitud. Gratitud llena de un profundo respeto hacia el Excmo Prof. Dr. D. Enrique Villanueva y los Ilmos Profesores Doctores. D. José Rico y D. Ramón Gálvez, que han tenido la deferencia de proponerme para el alto honor que representa pertenecer y formar

parte de esta corporación: la Real Academia de Medicina de Granada. Extiéndase también mi gratitud al resto de los señores académicos que en mí han depositado su confianza.

En segundo lugar ilusión. Pertener a esta alta institución del saber médico ha sido un sentimiento ilusionado que me ha acompañado desde que pertenezco a la Facultad de Medicina de Granada. Puedo afirmar de modo rotundo que el espíritu académico ha estado siempre presente en toda mi vida profesional.

Tengo necesidad de hablaros de mis orígenes. Nací en la hermosa tierra extremeña, tierra que llevo siempre en mi corazón. Crecí con unos padres y hermanos maravillosos, bajo un bosque de encinas, en la Roca de la Sierra, cerca de Emérita Augusta, con sus extraordinarios testimonios de su pasado romano. En ese ambiente privilegiado aprendí a amar ese diálogo enamorado de la arqueología con la naturaleza.

Por otro lado, los años que permanecí en el colegio de los padres Salesianos de Puebla de la Calzada y de Mérida, despertaron en mí un interés por ese ilustre pasado que nunca me ha abandonado. De modo especial recuerdo la labor de D. Leopoldo, mi profesor de pintura, que me inculcó ese espíritu renacentista que ha condicionado mis inquietudes culturales. El guió mis primeros pasos en el arte y me enseñó a “caminar pintando”.

Llegué a Granada en 1964 y sus montañas me sobrecogieron, después vino el arte. En este escenario estaba la Facultad de Medicina, con profesores como Girao Pérez, Ortiz Picón, Osorio, de la Higuera, Sastre, Peña, Salvatierra, Ciges, Carreras, Galdó, don Felipe de Dulanto, y muchos más. Con esta nómina de maestros, es fácil comprender mi admiración por mi Facultad.

Pero al terminar la licenciatura, una primera punzada de desarraigo me embargó. Desarraigo que desapareció, gracias a Dios, al conocer a Blanca y a la familia Ceballos Salobreña. Y en este momento comienzo mi especialización en la Escuela Profesional del Prof. Dulanto. Durante esos años tuve como tutores directos a dos extraordinarias personas y profesionales: los profesores Sánchez Muros y Martín Gómez. Mi relación con ellos fue paternofilial y dio como fruto una ilusión tremenda por el aprendizaje y el que, poco a poco, el Hospital Clínico San Cecilio se convirtiera en mi nueva casa.

En aquel momento la escuela del Prof. Dulanto estaba integrada por los profesores Armijo, Ocaña, Camacho y Serrano, profesionales que intervinieron en mi formación de manera decisiva. Compañeros en ese proceso de aprendizaje fueron los Profesores Naranjo, Sánchez Hurtado y la Profesora Gutiérrez Salmerón. A todos debo agradecer no solo lo que me enseñaron, sino también los momentos felices y la ilusión por el trabajo que todos compartimos.

No quiero cerrar el capítulo de agradecimientos sin hacer merecida referencia a las personas que trabajaban en Dermatología y, en especial, a todos los residentes, que me acompañaron durante muchos años y cuyo estímulo fue decisivo para mi formación.

Maestro de estos saberes fue el Prof. Dulanto. Su figura científica es de sobra conocida, pero, aún así, quiero destacar otras facetas tuyas poco sabidas. Era un hombre humanista, culto, amante de las lenguas y del mundo clásicos. Pero era, sobre todo, un gran conversador que, con su extraordinaria capacidad para la labiolectura, hacía imposible que su interlocutor descubriera su deficiencia auditiva. Con su propuesta sobre la cirugía

dermatológica por la que luchó durante décadas, sentó los cimientos de una nueva dermatología, que en el momento actual vive una época de esplendor, con numerosas subespecialidades de enorme impacto social. Pienso que todo es fruto de la ilusión que D. Felipe tenía por hacer de la dermatología una especialidad completa.

Quiero expresar también mi reconocimiento al Exmo. Dr. D. Gonzalo Piédrola, presidente del Instituto de Academias de Andalucía, por el honor que me depara al dignarse responder a mi discurso de ingreso. El Prof. Piédrola fue codirector de mi Tesis Doctoral en la década de los setenta, desde entonces he contado con su apoyo y con el de todo el Departamento de Microbiología.

En todos estos años he trabajado en las tres vertientes de nuestra profesión. La asistencia, en ese acto creativo, que se llama acto médico, que es una auténtica obra de arte, un acto maravilloso, que, gracias a Dios, no ha dejado de ilusionarme todavía. También la docencia que siempre me gustó, aunque mucho me limitó mi timidez. Siempre me ha interesado aprender nuevas técnicas pedagógicas y, sobre todo, me ha preocupado la pertinencia o el por qué de lo que enseñó. Por último la investigación, algo que realmente me apasiona y que empezó en un encuentro con Vicente Crespo Erchiga, que a la manera de Boccacio y Petrarca, supo despertar en mí la pasión por la micología cutánea. Pasión que le había transmitido su padre, don José Crespo Galiana. Todo lo que se de micología, y todo lo que van ustedes a oír de su historia lo aprendí del profesor D. Vicente Crespo Erchiga.

Me corresponde el honor de suceder en el sillón número 16 de esta Real Academia, al Ilmo. Prof. D. Juan Ocaña Sierra, que lo ocupó desde el 16 de marzo de 1994 hasta su fallecimiento en 2005

y que, a su vez, había sucedido al Ilmo. Prof. Marino Gallego y Burín, que lo desempeñó desde 1952 hasta su fallecimiento en 1986.

Lo que en pocas palabras puedo decir del Prof. Ocaña es que fue, ante todo, un buen médico, un buen profesor y una buena persona. Nacido en Granada en 1932, se licenció en Medicina en 1955 y en 1957 obtuvo el premio de la Excelentísima Diputación Provincial de Granada, convocado por esta Real Academia, de la que fue nombrado Académico Correspondiente.

Doctor en Medicina ese mismo año, se especializó en Dermatología en las Universidades de Barcelona y de Granada en los primeros años de la década de los sesenta. Destacaría en su formación las estancias en Barcelona y Paris y, para mi, su entrañable ejercicio en la medicina rural.

En 1952 inicia su carrera docente como alumno interno, carrera que va transcurriendo peldaño a peldaño, hasta que en 1975 logra la categoría de profesor Agregado Numerario de la Universidad de Cádiz. Tres años después obtiene la Cátedra, que desempeña hasta que en 1980 se traslada a la Universidad de Málaga, donde permaneció hasta 1989 que obtuvo la cátedra de Granada.

La vida del Prof. Ocaña se reparte entre Granada, Cádiz y Málaga. En esas tres ciudades quedan testimonios de su bondad y de su buen hacer como médico y como profesor: innumerables alumnos pueden avalar su magnífica capacidad docente. No entro a comentar su prestigioso historial científico: sus comunicaciones, artículos y libros son de sobra conocidos. Pero, para mi, su mayor logro en esta vida, compartido con Maria Luisa, es su familia.

Desde hace 35 años me dedico a la Micología cutánea, guiado, como he dicho, de la mano de Vicente Crespo Erchiga. Pero también mi vida la he dedicado a la pintura. Las dos llenaron mi vida intelectual. Por eso he decidido que al hablar de la historia de la Micología, intercalar pequeños comentarios de la historia coetánea de la pintura.

EL NACIMIENTO DE LA MICOLOGÍA CUTÁNEA Y LA PINTURA DE SU TIEMPO.

1.- INTRODUCCION

Iniciaremos nuestra introducción haciendo unos breves comentarios sobre la cultura Grecolatina y el espíritu del Renacimiento, como los fundamentos de nuestra cultura occidental. Es, en realidad, una justificación para esta aparentemente extraña y personal mezcla de ciencia y pintura que pretendo exponer.

Los griegos no aprendieron sólo porque fueran curiosos o viajaran mucho a otros países. Lo revolucionario de su descubrimiento fue “cómo aprender de forma sistemática y transmitir lo aprendido”, es decir, el conocimiento organizado sujeto a discusión y progreso. Para los griegos, desde siempre, la ciencia, la “*epistéme*”, era un saber que ni estaba encerrado en un libro ni era patrimonio exclusivo de nadie, sino que, como declara el hipocrático autor de la *Medicina Antigua* “desde hace mucho tiempo (la medicina) está en posesión de un punto de partida y un método

descubiertos, gracias a los cuales muchos y hermosos descubrimientos se han hecho en el curso de un largo periodo de tiempo y los restantes se harán siempre que alguien, capaz y conocedor de lo ya descubierto, tomándolo como punto de partida, se lance a investigar”.

Aristóteles estableció distintos métodos y diferentes criterios de conocimiento para diversas materias. Cuando iniciaba una investigación científica reunía, en primer lugar, una información de campo interrogando a los “trabajadores manuales” o artesanos que estaban en contacto directo con el objeto de su interés: marineros, pescadores, carniceros, cazadores, etc. eran para el sabio de Estagira preciosa fuente de datos procedentes de la observación directa de la naturaleza.

Analizaba también lo que habían dicho sus predecesores y sus contemporáneos, aceptando lo que entendía correcto y desechando lo que le parecía erróneo. De este modo fue el primero que, en el Liceo y bajo su dirección, creó equipos de investigación especializados que se dedicaban a estudiar temas monográficos particularmente complejos y relativos tanto a los saberes biológicos (botánica, zoología), como filosóficos (metafísica, lógica), cosmológicos (física, astronomía), sociales (teoría política) o literarios (poética), construyendo lo que se ha llamado la primera enciclopedia universal del saber humano.

Aristóteles llevó hasta sus últimas consecuencias aquella iniciativa que leíamos en los viejos presocráticos, dotando al conocimiento de una epistemología, método científico o ciencia de la ciencia del conocimiento que se basa en principios que podían ser comprobados, contrastados y cuestionados por todos.

Todo ello trajo maravillosas consecuencias, como la idea del carácter relativo de las verdades absolutas, pero sobre todo el que se acuñara un concepto irrepetible de la educación: lo que los griegos llamaban *paideia*, mucho más que un plan de estudios, era un conjunto de disciplinas físicas, intelectuales y morales en las que todos debían ejercitarse si querían ser hombres honestos y también buenos ciudadanos.

El Odiseo homérico, esa figura mítica y emprendedora del legendario pasado griego, se convirtió, con sus luces y sus sombras, en el héroe cultural por excelencia de los griegos. En el siglo V a. J.C., los poemas homéricos formaban parte obligatoria de la formación del niño griego. Sólo la influencia de Aristóteles, a partir del siglo IV, consiguió que el ideal de *paideia* empezara a incorporar el estudio sistemático y regular de la historia, la filosofía y la naturaleza.

Tras la conquista de Grecia por Roma en su expansión por el Mediterráneo, en el año 146 a.C., los romanos rebautizaron a los dioses griegos y los adoptaron como propios. Pero esto no es más que un aspecto de la completa helenización que experimentó la sociedad romana; fue un proceso de aculturación profunda. Pero, a pesar de toda su brillantez, o quizás precisamente por ella, los griegos no fueron jamás un pueblo práctico.

Los romanos, en cambio, tenían una visión pragmática de la vida. Ese carácter práctico se manifiesta de muchas formas: redujeron la densidad de las grandes ideas filosóficas griegas, haciéndolas más asequibles y atractivas para el gran público, redujeron la *paideia*, el noble y complejo sistema de educación desarrollado por Aristóteles, a un curso de retórica o de oratoria,

porque saber como convencer mediante la palabra era el principal camino hacia el éxito en los negocios o en la política.

En definitiva, los romanos, al reducir (grosso modo) el espíritu humanista de la *paideia* griega al sentido de “lo útil” en educación, crearon el concepto de la formación profesional o práctica.

En el sustrato de todos estos cambios estaba algo que los romanos creían a pie juntillas y que los griegos negaban: “que una gran idea que no funciona vale menos que una mala que funcione”. Sobre este principio los romanos construyeron un imperio que perduró mil años.

Pasados otros mil años, Occidente conoció el Renacimiento de la cultura grecorromana. Si se necesita una fecha exacta que marque el principio de la Rinascita della Sacrosanta Antichità, podríamos muy bien pensar en el 20 de julio de 1304, el día del nacimiento de Francesco Petrarca. Es indiscutible que su intención era presentarse como el heredero de Dante.

Ya desde joven se enamoró de los clásicos griegos y romanos y de la civilización que se había colapsado hacía entonces mil años. Ansiaba ser reconocido como el heredero del primer y majestuoso florecimiento cultural de la humanidad.

Por otro lado, en París en 1313, nace Giovanni Boccaccio, de padre florentino. Como Petrarca fue autodidacta. Para lo que nos interesa, fue un gran acontecimiento, tanto para Boccaccio como para Petrarca, el momento en que se conocieron. La similitud de sus espíritus hizo que pronto trabaran una amistad que les empujó a una aventura que les duraría toda la vida. Esa aventura resultó ser la creación del Renacimiento.

Petrarca y Boccaccio comprendieron que para conseguir un Renacimiento de los clásicos, primero tenían que poder leerlos.

Viajaron a lo largo y ancho del sur de Europa, revisando archivos, página a página, de viejos manuscritos, buscando textos de las obras clásicas de la antigüedad, que debían conservarse escondidas, tal vez olvidadas, en las bibliotecas de los monasterios. Estudiaron griego y latín clásico, pero escribían en lengua vernácula, para conseguir llegar al gran público.

Un hombre renacentista no es ni un experto ni un especialista. Es un hombre que sabe más que un poco de “todo” en lugar de saberlo “todo” sobre una pequeña parte del espectro total del conocimiento moderno.

Es una expresión un tanto irónica, pues existe el convencimiento universal de que nadie puede ser de verdad un hombre renacentista, en el verdadero sentido del término, pues el conocimiento se ha vuelto tan complejo, que ninguna mente humana es capaz de absorberlo.

Tal vez el concepto de hombre de Renacimiento como hombre educado, se remonta a Aristóteles cuando afirma: “ser un hombre educado quiere decir, de hecho, ser capaz de formarse un juicio inmediato y correcto sobre lo bueno o lo malo del método empleado por un profesor en su exposición”. Es decir, según Aristóteles, una persona sólo puede ser considerada a si misma “educada” si puede ejercer su capacidad “crítica” en un amplio abanico de áreas de conocimiento. ¡Qué lejos del concepto actual de persona educada!

El ideal aristotélico de una persona educada y “crítica” en todas o casi todas las ramas del conocimiento, sobrevivió siglos como objetivo de una educación liberal. Originalmente se enseñaban a los estudiantes las siete artes, el *trivium* (gramática, retórica y lógica) y el *cuadrivium* (aritmética, geometría, astronomía

y música). Aunque los nombres son antiguos, las siete materias serían equivalentes a un programa de estudios liberales modernos. Liberales porque, según estableció el mismo Aristóteles, eran saberes propios de hombres libres, exentos de actividades manuales que eran propias de esclavos, de donde arranca la conocida separación entre el trabajo intelectual y el trabajo manual.

Han de pasar algunos siglos hasta que asistamos al gran cambio que, en el siglo XX, se produjo en este esquema educativo. Si hombres como Leonardo, Pico della Mirandola, Bacon y muchos más, no pudieron hacer realidad su sueño de saber de todo lo que había que saber sobre todas las cosas, entonces era inútil que lo intentaran hombres con menor capacidad que ellos. La alternativa se hizo evidente: la especialización o conseguir expertos en un campo mientras que otros hacían lo mismo en otras áreas del conocimiento

Todo lo que ha quedado de aquel gran empeño, en la conciencia popular, es la expresión a veces admirativa, a veces irónica y a veces despectiva de “hombre renacentista”, que se aplica a quienes tuvieran la habilidad suficiente como para hacer bien mas de una cosa. Ese ideal y esa idea se han perdido por completo. ¿O tal vez no?

Una de las grandes aportaciones que Occidente ha dado al mundo ha sido el método para adquirir conocimientos nuevos. Se llamó “método científico” y lo consolidaron una serie de intelectuales europeos entre 1550 y 1700.

La génesis del método científico se remonta, como hemos visto, a la Grecia clásica y corresponde a un poeta itinerante del siglo VI a.C., Jenófanes de Colofón, el mérito de haber recogido en un conocido dístico su partida de nacimiento: “Desde el principio,

ciertamente, no todo los dioses a los mortales revelaron, sino que ellos (los mortales), con el tiempo, investigando, acaban descubriendo lo mejor”. En latín medieval “conocimiento” era “*scientia*” y todo el mundo podía poseerlo en parte o en su totalidad. Pero ciencia ya no significa lo mismo, hoy es un tipo de conocimiento específico.

La ciencia y el arte tienen mucho en común. Ambas actividades nos ilusionan y nos ofrecen un bálsamo para el dolor; ambas son difíciles, para conocer cualquiera de ellas hace falta emplear hasta la última gota de esfuerzo e inteligencia. Ambas son patrimonio exclusivo de los seres humanos.

Durante los tumultuosos cien años del siglo XIX Europa impuso su sello al resto del mundo. Un siglo de relativa paz, interrumpida por pequeñas guerras, que permitió entre 1815 y 1914 dedicar sus abundantes energías al desarrollo de las ciencias, las artes y el mercado global de las materias básicas.

El siglo XIX fue testigo del descubrimiento de nuevas fuentes de energía, como el petróleo o la electricidad. Nuevos medios de comunicación como el telégrafo o el teléfono. El ferrocarril serpenteó a través de bosques y sobre ríos y praderas, uniendo pueblos que llevaban siglos separados, transportando nuevas ideas sociales y destruyendo las antiguas. El siglo XIX, heredero directo de la Ilustración, fue una época que gustó en pensarse y llamarse “nueva”.

Y en este siglo transcurre nuestra historia. La historia de la que queremos hablar: la del nacimiento de la micología cutánea, cuya evolución iremos salpicando de pinceladas sobre la historia, que de forma paralela, vivió la pintura. Ambas vivieron un esplendor del que todavía gozamos.

2.- ANTECEDENTES

1.- Antecedentes de la micología como ciencia.

Entre las más de 100.000 especies que componen el *Regnum fungi*, sólo unas 200 se han mostrado patógenas para el ser humano y, de esta cifra, la mayoría son hongos oportunistas capaces solo de atacar los organismos debilitados. El número de parásitos obligados, para la piel y sus anejos, es extraordinariamente reducido y se limita prácticamente al pequeño grupo de los dermatófitos antropofílicos.

Pese a su escaso número, los hongos patógenos pueden dar lugar a enfermedades, las micosis, que podemos clasificar en tres grupos: superficiales, subcutáneas y profundas. De ellas, las primeras tienen una distribución cosmopolita, son habitualmente contagiosas y son y han sido enfermedades muy frecuentes tanto en la actualidad como en épocas pasadas. No es extraño pues que estas micosis cutáneas, por lo demás casi siempre fácilmente accesibles a la observación, hayan sido objeto de conocimiento y descripción desde la antigüedad.

Son clásicas las descripciones del «muguet» bucal por Hipócrates (437-377 a. C.) y por los médicos romanos del siglo primero de nuestra era, como Galeno que lo llamó *aphtae albae* y Celso, quien dio nombre de *querion* a la tiña inflamatoria de la cabeza.

El crecimiento centrífugo de los hongos, que da lugar a lesiones cutáneas de aspecto circular, dotadas de un borde de progresión ondulada o serpigínea, originó la vieja denominación de *herpes* (ofidio) por parte de los autores griegos. Los romanos, en cambio, asociaron esas mismas lesiones con la acción hipotética de

pequeños insectos parásitos o de sus larvas, de donde la denominación de *tinea*. Estos términos han perdurado hasta hoy. La palabra *favus*, en latín, «panal de miel», ha permanecido también hasta nuestros días, y alude a una enfermedad que, aunque hoy es muy rara en el mundo occidental, ostenta la singular condición de ser la primera micosis humana en la que, en 1837, se demostró estar causada por un hongo microscópico.

Desde la civilización griega al siglo XX, los biólogos dividían los seres vivos en dos reinos: las plantas y los animales; pero a medida que transcurre el siglo XVIII y gracias al desarrollo de las lentes microscópicas, se llevaron a cabo, las primeras descripciones rudimentarias de ciertos micromicetos dotados de estructuras de gran tamaño, como los del género *Mucor*.

Pero todo empezó con la estrategia que Linneo (1707-1778) estableció en el siglo XVIII, en su libro *Sistema Naturae*, al imponer la *nomenclatura binomial*, que sigue utilizándose en la actualidad. Cada organismo conocido posee un nombre único en latín formado por dos palabras; la primera corresponde al género y la segunda a la especie. Por esos años, el botánico Pier Antonio Micheli (1679-1737), conservador de los jardines de Florencia, publica en 1729 la primera gran monografía sistemática sobre micromicetos (*Nova plantarum genera*), texto que se considera el punto de partida de la micología como ciencia y le hace merecedor de la paternidad de esta ciencia. En él encontramos las primeras descripciones detalladas de muchos de los hongos más conocidos, como *Mucor* y *Botrytis*, y particularmente de especies del género *Aspergillus*.

2.- Antecedentes de la pintura del siglo XIX

Newton primero y Young después, establecieron un principio que hoy todos aceptamos como indiscutible: la luz es color. Para llegar a este conocimiento, Newton se encerró en una habitación a oscuras, dejando pasar un hilito de luz por la ventana. Interpuso un cristal en forma de prisma triangular, frente a ese rayo de luz; el resultado fue que dicho cristal descompuso la luz exterior blanca en los seis colores del espectro, los cuales quedaron reflejados sobre la pared cercana.

Thomas Young, físico inglés, realizó la operación a la inversa unos años más tarde. En primer lugar determinó por investigación que los seis colores del espectro pueden quedar reducidos a tres colores básicos: el verde, el rojo y el azul intenso. Tomó entonces tres linternas y proyectó los tres haces de luz con un filtro de color de cada uno de ellos, proyectándolos sobre un mismo espacio, de esta forma al mezclarse los tres haces, verde, rojo y azul, se convirtieron en un haz de luz blanco. En otras palabras, Young recompuso la luz.

Así, la luz, esa luz que nos rodea, es color y cuando incide sobre algún cuerpo, absorbe unos y refleja otros. Dado que los colores luz y los de la paleta coinciden, es fácil para el pintor imitar los efectos de la luz al iluminar los objetos y, por tanto, reproducir exactamente todos los colores de la naturaleza.

Aunque los impresionistas fueron considerados como innovadores, sus métodos provenían directamente de los pintores de principios del siglo XIX y mucho más atrás en el tiempo como de Velázquez y de Goya, entre otros. Velázquez, probablemente durante su primer viaje a Roma hacia 1630, pintó dos cuadros de pequeño formato, de 44 por 38 centímetros. Hoy se piensa que lo hizo para inmortalizar un momento concreto: la luz del mediodía en

dos rincones de la Villa Médicis. Son dos de los escasos ejemplos de pintura de paisaje tomados en directo del natural anteriores al siglo XIX.

Algo semejante podemos decir de Goya. Pintó siempre muy lejos de los pintores españoles de su época. Como ejemplo de cuadros precursores del impresionismo podemos citar el enigmático “Perro semihundido” y sobre todo la “Aguadora de Burdeos”, que muchos consideran el auténtico precursor del impresionismo.

Muchos de los inmediatos predecesores del impresionismo tuvieron una sensible influencia sobre ellos. Courbet, por ejemplo, les introdujo en el realismo como oposición al romanticismo. En Inglaterra Constable y Turner tenían métodos similares a los adoptados por los impresionistas. Constable era capaz de pintar el arco iris, directamente en el campo y Turner era todavía más rápido, logrando magníficos bocetos, en directo, en un instante. Es el nacimiento del protagonismo del paisaje, como expresión de la abstracción caótica de la naturaleza, el origen de todos los movimientos de vanguardia.

3.- EL NACIMIENTO DE LA MICOLOGÍA:

A lo largo del siglo XIX se van a suceder una serie de descubrimientos científicos, protagonizados por un grupo de investigadores que van a dar lugar al nacimiento de la micología como ciencia, y que sentarán las bases sobre las que el propio Sabouraud edificará su gran obra.

Analizaremos los datos más sobresalientes de este pequeño grupo de pioneros.

1807.- Agostino Bassi (1773-1853).

Agostino Bassi, fue un polifacético investigador italiano, que repartió su interés por la física, la química, las matemáticas, la historia natural e incluso algunas ramas de la medicina. Centró sus esfuerzos en una enfermedad, la muscardina, que estaba provocando la ruina de los criadores de gusanos de seda, fuente de la economía de buena parte del norte de Italia. Bassi logró demostrar que dicha enfermedad estaba causada por un hongo microscópico, que desde entonces lleva el apellido de su descubridor: *Beauveria bassiana*. Este importante hallazgo se publicó en un tratado en 1835.

Este sorprendente descubrimiento de la capacidad patógena de los hongos hacia los animales inspiró a otros investigadores en el campo de la clínica humana.

1837.- Remak.

Robert Remak era un profesor judío de origen polaco, que trabajaba en la cátedra del Prof. Lucas Schönlein de la Facultad de Medicina de Berlín. Fue el primero en observar estructuras fúngicas, hifas y esporas, en las costras de un paciente afectado de “*favus*”, pero en lugar de publicar su descubrimiento con su nombre, lo comunicó a su amigo y compatriota Xavier Hube, y permitió que éste lo publicara en su tesis doctoral *De morbo Scrofuloso*. Nueve años después, por razones mal conocidas, tal vez por el deseo de asegurarse una plaza en la Universidad, Remak cedió el mérito de su hallazgo a su maestro y propuso incluso para el hongo el nombre del mismo: *Achorion schonleinii*.

En síntesis, el mérito del descubrimiento del primer microorganismo causante de una enfermedad humana corresponde a Remak y tal vez también a Schönlein.

1841-1844.- David Gruby

A pesar del mérito de Remak, fueron los estudios de David Gruby, presentados en la Academia de Ciencias de París entre 1841 y 1844, los que tuvieron mayor influencia entre los clínicos de la época. Gruby era un oftalmólogo judío, de origen húngaro, que ejercía en París y que además de la observación microscópica del hongo, logró el cultivo y lo inoculó en el brazo de su ayudante y en su propio cuerpo, cumpliendo así los postulados de Koch para la etiología de las enfermedades infecciosas, 40 años antes que los formulara el propio Koch.

Entre otros descubrimientos de Gruby destacan la descripción del principal agente de *tinea capitis* de aquella época y le dio el nombre de *Microsporum audouini* en honor del gran naturalista Victor Audouin (1797-1841) que era conservador del Museo de Historia Natural de París y muy conocido por sus trabajos en la enfermedad de la muscardina.

Gruby descubrió también la levadura causante del “muguet o algodoncillo” o candidosis oral, a la que seis años mas tarde Robin denominaría *Oidium albicans*. Curiosamente, como dice Vicente Crespo, después de estos descubrimientos, Gruby abandonó totalmente la investigación y se dedicó al ejercicio privado hasta su muerte en 1898.

1844.- Robin

Charles Robin (1821-1885), catedrático de Histología de la Universidad de París, hizo muchas otras contribuciones importantes en el terreno de la micología, además del descubrimiento del *Oidium albicans* en 1887. Entre ellos destacan: la primera descripción del *T. mentagrophytes* en un gran libro publicado en 1853: “Historia natural de los vegetales parásitos que crecen sobre el hombre y los animales vivos”. En este libro se describen con todo

detalle, los hongos patógenos observados *in vivo* en la piel, en las mucosas oral, genital y digestiva, en los oídos y en los pulmones. Después de su muerte se encontraron en sus archivos más de 15.000 preparaciones microscópicas y 2000 microfotografías, que servirían de base a los trabajos posteriores de Sabouraud.

Más tarde propuso el nombre de otra levadura de gran importancia en Dermatología, descrita por primera vez en 1846 por el cirujano alemán Eichstedt en las escamas de la pitiriasis versicolor. La nombró *Microsporum furfur*

1861.- Pasteur (1822-1895)

El fundador de la Microbiología Luis Pasteur dedicó mucha atención a la micología y los hongos microscópicos en su famosa memoria sobre los “corpúsculos organizados presentes en la atmósfera”, escrita cuando todavía luchaba por imponer sus teorías sobre las de los partidarios de la generación espontánea. En esta obra es fácil reconocer en sus magníficos dibujos varios micromicetos, tanto levaduriformes como filamentosos.

La pintura des su tiempo: el impresionismo

Desde 1860 hasta 1880, el movimiento impresionista alcanzó su máximo florecimiento, favoreciendo la aproximación del público a la luz y el color en la pintura. Revolucionario en su época, el impresionismo, a diferencia de los temas históricos del arte academicista, dio protagonismo a las escenas al aire libre, con una pintura lograda con trazos sueltos.

Los pintores impresionistas crearon su propia teoría del color y así lograron reproducir exactamente el color de un instante. El pintor puede pintar todos los colores de la naturaleza con sólo los tres colores primarios que, en clave de luz, son el verde, el rojo y el

azul intenso, y, en clave de pigmentos, se traducen en amarillo medio, azul cian y púrpura.

Otro aspecto importante es el color de las sombras. La gran conquista de Rembrandt, de Velázquez o de Goya, fue precisamente la representación del claroscuro. ¿Cuál es entonces el color de las sombras?

La paleta de los impresionistas nació, en principio, de sustituir en el color de las sombras el llamado “betún de Judea”, una especie de color marrón oscuro utilizado hasta el siglo XVIII, por el color azul. Monet diría a sus amigos: “cuando anochece todo el paisaje se vuelve azul”, o lo que es lo mismo, cuando la luz disminuye aumenta la influencia del color azul.

El azul es, pues, el primer color presente en toda sombra. El segundo color viene dado por el complementario del color propio del objeto. Si pintamos de color azul un monte situado en la lejanía, en el color de la sombra intervendrá el rojo, complementario del azul. El tercer y último color es el color tonal (color propio) en un tono más oscuro.

Por regla general, los cuadros de los impresionistas son pequeños, debido a que su trabajo en el campo les obligaba a emplear lienzos fáciles de transportar. Además con ese tamaño se facilitaba la rapidez en la ejecución a que obligan los fugaces efectos de la luz natural. Así Monet pintó varias series de cuadros sobre un mismo tema, captando graduales oscilaciones de la luz en lienzos sucesivos.

En el año 1874, se exhibió el cuadro de Monet titulado “Impresión: Amanecer”. Este cuadro en particular fue el que daría nombre al Movimiento Impresionista. Habían logrado su idea de

plasmar las impresiones fugaces de la luz, borrando la tradicional frontera entre el boceto y el cuadro acabado.

Las figuras que sobresalen del grupo son: Monet, Renoir, Degas, Cezanne, Pissarro y Sisley. Manet no formaba parte del grupo, si bien era considerado como precursor, por su mayor edad. Él había desarrollado un sentido esencialmente visual realista.

Un impresionista, Cézanne, en su búsqueda de nuevas formas de representación de la realidad, de las formas esenciales y perfectas en sí mismas, nos adentrará en la poética vanguardista. Él mismo en una carta escrita en 1904, decía: “es necesario tratar la naturaleza según el cilindro, la esfera y el cono, y todo dentro de la perspectiva“. Se ha querido ver en esta frase una anticipación a la teoría del cubismo.

4.- EL EXPLENDOR DE LA MICOLOGÍA, SABOURAUD.

1890.- Sabouraud

Raimon Sabouraud (1864-1938) era un hombre polifacético: ejerció la dermatología clínica, en la que destacó como gran especialista. Era además escultor. A lo largo de su vida publicó más de mil artículos científicos y doce grandes tratados. Su trabajo en el Hospital Saint Louis fue reconocido con la creación de un laboratorio para el estudio de las micosis cutáneas y una escuela infantil para el tratamiento de la *tinea capitis*, enfermedad muy extendida y grave en aquel momento.

Es el dermatólogo más importante de los dedicados a la micología. Trabajaba en el Hospital Saint Louis, catedral de la dermatología, cuando inició sus estudios sobre los dermatofitos, a partir de 1890, año que asistió al primer Grand Cours de

Microbiologie, organizado por Roux, dos años después de la fundación del Instituto Pasteur en 1888.

Dentro de la carrera, prolongada y fructífera de Sabouraud destaca, en el terreno sistemático, el hecho de haber rebatido a algunos de sus predecesores la teoría de que las tiñas estaban todas producidas por una sola especie de hongo, una cepa mutante de *Aspergillus* o *Penicillium*. Lo logró mediante un exhaustivo estudio basado en cultivos puros y con ello sentaría la base para su magna obra "Les teignes". Esta obra está considerada como la más insigne obra de la dermatomicología, y sus líneas fundamentales conservan plena validez en la actualidad.

En ella se describe la clasificación de los dermatofitos en cuatro géneros (*Achorion*, *Trichophyton*, *Microsporum* y *Epidermofiton*), basándose en el aspecto que presentaban los hongos al parasitar el pelo y las escamas. Inventó una serie de medios de cultivos sólidos que, con pequeñas modificaciones, se siguen utilizando en la actualidad. Utilizando estos medios y estudiando el aspecto macro y micromorfológico de las colonias, llegó a describir la mayoría de las especies de dermatofitos que vemos en la actualidad, agrupándolas en los cuatro géneros mencionados.

Sabouraud llevó a cabo una importante labor desarrollando nuevos métodos terapéuticos de las tiñas, sustituyendo las terribles depilaciones por arrancamiento del cabello, que se practicaban por aquella época. Investigó, en primer lugar, el efecto depilatorio de las sales de talio (de triste recuerdo para la ciudad de Granada), tratamiento que abandonó por sus efectos secundarios. En 1904 desarrolló la técnica basada en el empleo de los rayos X para lograr una depilación temporal. Al parecer, la idea se le ocurrió al observar

a una paciente, que trabajaba en una cabina ambulante de rayos X, que presentaba una alopecia en la zona occipital y que coincidía con la zona de aplicación del tubo emisor.

Decidió adoptar el método, ajustando debidamente la dosis, con la ayuda de su colega Noiré, para conseguir el efecto depilatorio temporal en las lesiones tiñosas. Los beneficios de la nueva terapéutica fueron de gran alcance y en poco tiempo se convirtió en el método de elección para la tiña de la cabeza, hasta el descubrimiento de la griseofulvina, medio siglo después. Este tratamiento liberó miles de camas hospitalarias y permitió que se cerraran las escuelas destinadas a la educación y segregación de los niños tiñosos.

La pintura de su tiempo: el expresionismo

Se suele llamar expresionista al arte alemán de principios del siglo XX. En realidad, el Expresionismo es un fenómeno europeo con dos focos distintos: el movimiento francés de los *Fauves* y el movimiento alemán *Die Brücke*. Ambos movimientos se formaron, casi al mismo tiempo, en 1905 y desembocaron respectivamente en el cubismo en Francia (1908) y en la corriente *Der blaue Reiter* en Alemania en 1911.

Su origen común es la tendencia anti-impresionista que se genera dentro del propio Impresionismo como conciencia y superación de su carácter esencialmente sensorial y que se manifiesta hacia finales del siglo XIX en las figuras de Toulouse-Lautrec, Gauguin, Van Gogh, Munch y Ensor.

Literalmente, *expresión* es lo contrario de *impresión*. La expresión es un movimiento inverso, del interior al exterior, es el sujeto quien se manifiesta en el objeto. Es la posición antitética a la

de Cézanne, adoptada por Van Gogh. Frente a la realidad el Impresionismo manifiesta una actitud sensitiva, el Expresionismo, una actitud volitiva, incluso agresiva.

El grupo de los *Fauves*, no fue homogéneo, ni tuvo un programa definido, a no ser su oposición al ornamentalismo hedonista del *Art Nouveau* y a la inconsistencia formal, a la evasión espiritualista del Simbolismo. La personalidad sobresaliente del grupo fue Henri Matisse y junto a él estaban Marquet, van Dongen, Dufy, Derain, Friesz, Braque y Vlaminck.

Los *Fauves* no enarbolaban bandera ideológica alguna y no por miedo a la impopularidad o al escándalo. Su polémica social estaba implícita en su poética. Quizás, por esto, se quedan fuera del grupo Rouault y el joven Picasso. La imprevista y destructora, aunque sin duda calculada, irrupción de Picasso, con su transformismo estilístico y, sobre todo, la fuerza de la poética realmente nueva del cubismo fue lo que determinó, en 1907, la crisis de los *Fauves*.

El grupo *Die Brücke* es una formación mas compacta, es una auténtica comunidad de artistas, con un programa escrito. Sus figuras destacadas son: Kirchner, Heckel, Nolde, Schmidt-Rottluff, Pechstein y Müller.

Los temas de los expresionistas alemanes se refieren generalmente a los sucesos de la vida cotidiana. Se advierte en sus obras una especie de torpeza, de rudeza mal disimulada, como si el artista jamás hubiera pintado. Al rechazar todo lenguaje constituido, se expresan de forma voluntariamente torpe, excesiva, sin matices. Esta actitud se manifiesta por la deformación o distorsión del objeto. La deformación expresionista, que en algunos pintores llega a ser

agresiva y ultrajante, no es deformación óptica; está determinada por factores subjetivos y objetivos.

Austria entra en la órbita cultural alemana en el largo ocaso del imperio de los Hausburgos. En este medio aparecen Schiele, Klimt y Kokoschka. La pintura de Kokoschka tuvo una amplia resonancia en Europa, al establecer un puente entre el Impresionismo y el Expresionismo. En éste sentido fue interpretado por Soutine, figura destacada de la “Escuela de París”, que reunió a pintores de todos los países, muchos de ellos judíos.

El grupo *Die Brücke* se disolvió en 1913, cuando ya el nuevo grupo *Der blaue Reiter*, había orientado su pintura en sentido no figurativo. De esta nueva corriente forman parte Beckmann, Dix y Grosz.

Si el impresionismo me enseñó a pintar, el expresionismo me realizó como pintor.

5.- DESPUES DE SABOURAUD

Entre los avances realizados en el campo de la micología a lo largo de la primera mitad del pasado siglo, debemos destacar los estudios de Chester W. Emmons, quien en 1934 puso las bases de la actual posición taxonómica de los dermatófitos. Emmons eliminó las clasificaciones basadas en rasgos morfológicos irrelevantes o en criterios no morfológicos y sentó las bases definitivas de los tres géneros hoy vigentes: *Microsporum*, *Trichophyton* y *Epidermophyton*.

Diez años más tarde, Conant y sus colaboradores publicaron el que estaba llamado a ser el texto más influyente en la historia de la micología médica. El texto, titulado *Manual of clinical mycology*, sus sucesivas ediciones (en 1954 y 1971) y los cursos anuales que el mismo Conant impartió a lo largo de 25 años en la Duke

University tuvieron una profunda influencia en la difusión del conocimiento de las micosis y sus agentes causales, hasta el punto de que Ajello, parodiando la conocida división de la historia de la humanidad en “antes de Cristo” y “después de Cristo”, sugiere que la historia de la micología médica puede dividirse en dos periodos: AC y DC (antes de Conant y después de Conant).

El siguiente gran paso en el conocimiento de los dermatofitos corresponde al descubrimiento y descripción de los estados perfectos o formas sexuadas de estos hongos a partir de 1960. Tiempo atrás, en 1927, Nannizzi, un investigador de la Universidad de Siena, había descrito detalladamente la forma sexuada de *Microsporum gypseum* con el nombre de *Gymnoascus gypseus*. Sin embargo, su descubrimiento fue injustamente relegado por Langeron y Milochevitch, los micólogos más prestigiosos en aquel entonces, y tuvieron que pasar años para verse confirmados con el redescubrimiento del mismo teleomorfo por Griffin, en Australia, en 1968 y, un año más tarde, por Phyllis Stockdale en Londres y Christine Dawson y James Gentles en Glasgow.

Muy pocos avances tuvieron lugar a lo largo de la primera mitad del siglo XX en el terreno de la terapéutica antimicótica. Ya en la década de 1950 se inicia un cambio revolucionario en el tratamiento de las micosis, tanto superficiales como profundas, con el descubrimiento de los primeros antibióticos antifúngicos, los polienos, tales como la anfotericina B y la nistatina. Esta última fue obtenida por la micóloga Elizabeth L. Hazen y la bioquímica Rachel F. Brown, a partir de cepas de *Streptomyces nursei*. El nuevo antimicótico, que lleva su nombre en honor del estado de Nueva York (NYstate), era muy activo frente a ciertas levaduras, como las del género *Candida*, pero presentaba el inconveniente de su

espectro reducido y de su nula absorción por vía digestiva, lo que limitaba su uso al tratamiento tópico.

La actividad antifúngica *in vivo* del otro gran antibiótico del grupo de los polienos, la anfotericina B, obtenida a partir de *Streptomyces nodosus*, fue reconocida por vez primera por Gold y colaboradores en 1956. A lo largo de los años, esta sustancia ha mostrado su enorme valor en el tratamiento de las micosis sistémicas.

El mérito del hallazgo de la griseofulvina deben compartirlo los investigadores británicos Gentles y Martin, quienes por vez primera publicaron la eficacia de este antibiótico en animales de laboratorio, infectados de *M. canis* y *T. mentagrophytes*. La griseofulvina se había obtenido de cepas de *Penicillium griseofulvum* 20 años atrás y que se había empleado básicamente en agricultura. Mas tarde Lauder y Sullivan, casi simultáneamente, en Estados Unidos, demostraron los mismos resultados en vacunos infectados por *T. verrucosum*. Tras la publicación, en 1958, de estos ensayos en animales, Williams, Marten y Sarkany en Inglaterra, Blank y Roth en Estados Unidos, y Riehl en Austria demostraron la eficacia de la griseofulvina oral en diversas infecciones dermatofíticas en los humanos. La importancia de este descubrimiento fue impresionante, pues la griseofulvina desterró en muy poco tiempo todos los procedimientos depilatorios que habían venido utilizándose, con riesgo considerable para los pacientes, a lo largo de más de cinco décadas, y se erigió en el tratamiento de elección en la *tinea capitis* prepuberal. Y aún lo sigue siendo.

La década de 1960 habría de asistir al desarrollo de los nuevos antifúngicos imidazólicos (el miconazol y el clotrimazol, seguidos de muchos otros en los años siguientes), con la

introducción a mediados de los años 1970 del ketoconazol, el primero activo por vía oral y dotado de un amplio espectro que cubría tanto levaduras como dermatofitos. A las dos últimas décadas del pasado siglo corresponde la aparición de los triazoles, las alilaminas y las morfolinas.

A nivel internacional, destacan en Micología Cutánea dos dermatólogos españoles. El primero es Don Miguel Pereiro Miguens, de Santiago de Compostela, que durante cinco décadas ha estado presente en todos los foros nacionales e internacionales sobre micología. Su prestigio mundial fue el mas alto conseguido por un español. Sus estudios epidemiológicos sobre dermatofitos en Galicia, son de obligada referencia en todos los trabajos sobre el tema. Ejerció la enseñanza de manera magistral y es el padre de todos los dermatomicólogos españoles.

El segundo es Don Vicente Crespo Erchiga, de Málaga. Ha sucedido con su presencia en congresos internacionales a Don Miguel Pereiro. Es de los escasos micólogos de todo el mundo que puede identificar todas las especies del género *Malassezia*. De sus numerosos trabajos epidemiológicos sobre dermatofitos y *Malassezia*, destaca a nivel internacional el haber demostrado que la pitiriasis versicolor en España, no está producida por *Malassezia furfur*, sino por *Malassezia globosa*.

Epílogo

Para terminar, recordar que el siglo XIX, heredero directo de la Ilustración, dedicó sus abundantes energías en el desarrollo de las ciencias y las artes.

La era que empezó en 1815, con la batalla de Waterloo y terminó en 1918 con el final de la Gran Guerra, estuvo caracterizada por un asombroso progreso científico en todo el mundo, porque fue una era de fe, de una nueva fe, la fe que el progreso era inevitable. La base de esta nueva fe se remonta a los griegos, cuando Tales de Mileto afirmaba que si perseveramos, siempre podremos comprender el mundo que nos rodea.

Dentro de este “medio de cultivo” nació, como hemos visto, “nuestra” micología cutánea, que culminó con la figura de Sabouraud, que sentó las bases para el desarrollo que nuestra ciencia vivió en el siglo pasado.

Por otro lado, de forma coetánea la llegada de la fotografía, entre otros, revolucionó el arte del dibujo y la pintura. La fotografía cambió la manera de ver las cosas. Otros avances técnicos del siglo XVIII y XIX permitieron que los pintores pudieran pintar la naturaleza a cielo abierto, facilitando la aparición del impresionismo.

La aparición de la fotografía también permitió liberar la pintura de la realización de los retratos, y así, después del impresionismo, hubo una explosión de nuevos estilos y métodos, cuyo principal representante fue el expresionismo.

He vivido desde la adolescencia con la pintura, y desde la juventud con la ciencia y la pintura, de la convivencia pacífica entre ambas nació la idea para este discurso.

Al final deciros, que hace años que coloqué mis fronteras al fondo del universo con un lema: estamos aquí para agradar. Como la forma literaria del lema no me gustaba, aunque correspondía a mis sentimientos, busqué alguna forma poética de enunciarlo y la encontré en los últimos versos de un poema de Bertolt Brecht, que dicen así:

... “que yo también quisiera,
con tiempo bueno o malo,
poder siempre ofrecer algo agradable.”

Muchas gracias.

He dicho.

Bibliografía

1. Ajello L. Milestones in the history of medical mycology. The dermatophytes. Recent Advances in Medical and Veterinary Mycology: Proceedings of the 6th International Congress of ISHAM. Tokyo: University of Tokyo Press, 1975; p: 3-11.
2. Argan G.C. El Arte Moderno. Fernando Torres Ed. Valencia, 1983.
3. Blank H, Roth FJ. The treatment of dermatomycoses with orally administered griseofulvin. Arch Derm 1959;79: 259-66.
4. Bozal, V. El ritmo de la pintura. Descubrir el arte. 2007;91:34-44
5. Castellano Arroyo, M.: Bosquejo histórico de la Medicina del Trabajo: La Medicina del Trabajo instrumento de desarrollo social y económico. Discurso de ingreso en la Real Academia

- de Medicina y Cirugía de Granada. Granada, 25 de junio de 2007.
6. Conant NF, Martin DS, Smith DT, Baker RD, Calloway JL. Manual of clinical mycology. Philadelphia: W.B. Saunders Co., 1944.
 7. Crespo Erchiga V. y Martínez García, S. Historia de las micosis cutáneas. *Piel* 2004; 19 (7):352-8.
 8. Dawson Ch, Gentles JC. The perfect states of *Keratinomyces ajelloi* Vanbreuseghem, *Trichophyton terrestre* Durie and Frey and *Microsporum nanum* Fuentes. *Sabouraudia* 1961; 1: 49-57.
 9. Delgado Florencio, V. Avances en micología cutánea. En *Avances en Dermatología*. Ed. Camacho Martínez F. Aula Médica. Madrid 1988. pp:249-267.
 10. Emmons CW. Dermatophytes. Natural groupings based on the form of spores and accessory organs. *Arch Derm Syph* 1934; 30: 337-62.
 11. Esteban Leal, P. La impronta de Cézanne en el arte del siglo XX. *Descubrir el arte*. 2007;91:24-33
 12. Frish OR. De la fisión del átomo a la bomba de hidrógeno. *Memorias de un físico nuclear*. Madrid: Alianza Editorial, 1975.
 13. García Morillas, M. Farmacología clínica: de la raíz a las ramas. Discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada. Granada, 21 de septiembre de 2007.
 14. Gentles JC. Experimental ringworm in guinea pigs: oral treatment with griseofulvin. *Nature* 1958;182: 476.
 15. Gold W, Stout HA, Pagano JF, Donovan R. Amphotericins A and B, antifungal antibiotics produced by a

- streptomycete. I. *In vivo* studies. *Antibiotics Annuals* 1956:579-86.
16. González Rodríguez, A.M. Las claves del arte expresionista. Planeta Ed. Barcelona, 1990.
 17. Griffin DN. Perfect state of *Microsporum gypseum*. *Nature* 1960;186: 94-5.
 18. Gruby D. Recherches sur les cryptogames qui constituent la maladie contagieuse du cuir chevelu décrite sous le nom de teigne tondante (Mahon) herpes tonsurans (Cazénave). *C R Acad Sci* 1844;18: 583-585.
 19. Gruby D. Sur les mycodermes qui constituent la teigne faveuse. *C R Acad Sci* 1841;13:309-312.
 20. Gruby D. Sur une espèce de mentagre contagieuse résultante du développement d'un nouveau cryptogame dans la racine des poils de la barbe de l'homme. *C R Acad Sci* 1842;15: 512-513.
 21. Hazen EL, Brown R. Fungicidin (Nystatin), an antibiotic produced by a soil actinomycete. *Proc Sol exp Biol* 1951;76:93-97.
 22. Hube X. De morbo scrophuloso. En: Kirsch B. Forgotten leaders in modern medicine: Valentin, Gruby, Remak, Auerbach. *Trans Amer Philosophical Soc* 1954;44: 139-317.
 23. Jiménez García, F.: Angustia y culpa en psicopatología. Discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada. Granada, 27 de abril de 2007.
 24. Lauder IM, O'Sullivan JG. Ringworm in cattle. Prevention and treatment with griseofulvin, *Vet Rec* 1958;70:949-951.

25. Maroto Vela, M.C.: Microorganismos, arte y literatura. Discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada. Granada, 30 de abril de 1998.
26. Martín AR. The systemic treatment of dermatophytoses. *Vet Rec* 1958; 70:1232.
27. Micheli PA. *Nova plantarum genera juxta tournefortum methodum disposita*. Florencia, 1729.
28. Nannizi A. Ricerche sull'origine saprofitica dei funghi delle tigne. Il *Gymnoascus gypseum sp.n.* forma ascofora del *Sabouraudites (Achorion) gypseum* (Bodin) Ota et Langeron. *Atti R Accad Fisiocritici Siena* 1927;10: 89-97.
29. Ocaña Sierra, J.: Envejecimiento cutáneo. Discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada. Granada, 15 de noviembre de 1996.
30. Parramón Vilasaló, J.M^a. El paisaje al óleo. Instituto Parramón Ed. Barcelona, 1976.
31. Pasteur L. Mémoire sur les corpuscules organisés qui existent dans l'atmosphère. Examen de la doctrine des générations spontanées. 4.ème ed. *Ann Sci Nat Paris* 1861;16: 5-98.
32. Pereiro Miguens, M. Historia de la Micología. Ed. Drug Farma. Madrid. 1996.
33. Pérez Segura, J. Los cuatro amigos de Dresde. *Descubrir el arte*. 2005;72: 22-23.
34. Piédrola de Angulo, G. Priones. Discurso de ingreso en la Real Academia Nacional de Medicina. 13 de noviembre de 1990.
35. Quammen D. Linneo, el árbol de la vida. *Nacional Geographic*, junio 2007, 20 (6): 55-68.

36. Riehl G. Griseofulvin, un per os wirksames Antimykotikum. Wiener Klinische Wochenschrift 1959;12: 215.
37. Robin C. Histoire naturelle des végétaux parasites qui croissent sur l'homme et sur les animaux vivants. Paris: Bailliere, 1853.
38. Rodríguez D. El puente. Pasión expresionista. Descubrir el arte. 2005;72: 14-20.
39. Sabouraud R, Noiré H. Les teignes cryptogamiques et les rayons X. Ann Inst Pasteur 1904;18: 7.
40. Sabouraud R. Les teignes. Paris: Masson et Cie Eds, 1910.
41. Santiago Simón, E. de: La Alhambra de Emilio García Gómez. Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes Nuestra Señora de las Angustias. Granada, 27 de noviembre de 1997.
42. Sierra X. Historia de la dermatología. MRA, Creación y Realización Editorial S.L., Barcelona, 1994.
43. Sierra X. Historia de las enfermedades cutáneas producidas por hongos. MRA, Creación y Realización Editorial S.L., Barcelona, 1997.
44. Stockdale PhM. *Nannizzia incurvata gen. nov., sp. nov.*, a perfect state of *Microsporum gypseum* (Bodin) Guiart et Grigorakis. Sabouraudia 1961;1: 41-48.
45. Van Doren, C. Breve historia del saber. Planeta Ed. Barcelona 2006.
46. Vidal, C. El camino hacia la cultura. Planeta Ed. Barcelona, 2007.
47. Williams DI, Marten RH, Sarakany I. Oral treatment of ringworm with griseofulvin. Lancet 1958;2:1212-1213.

**CONTESTACIÓN AL DISCURSO DEL
PROF. DON VICENTE DELGADO FLORENCIO
POR EL
EXCMO SR.D. GONZALO PIÉDROLA ANGULO
Presidente del Instituto de Reales Academias de Andalucía.**

Excma. Sra. Presidenta de la Real Academia de Andalucía Oriental
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos
Familia Delgado Ceballos
Señoras y señores

Mis primeras palabras de esta noche deben ser de agradecimiento a la Junta de Gobierno de esta Real Corporación, y en especial a su Presidenta, por haber depositado en mí el alto honor de contestar en nombre de la misma al discurso de ingreso del Académico profesor Vicente Delgado Florencio. Si dicha designación es siempre un honor, en este caso especial lo es más aún, por diversas razones.

En primer lugar, porque tuve la satisfacción de codirigir con el profesor Felipe de Dulanto (q.e.p.d.) la Tesis Doctoral del beneficiario. El felicitar al nuevo académico recordando cómo realizó la misma sobre “Candidiasis cutáneo-mucosas: estudio clínico y micológico” en los años 1976 y 1977, y verle ahora sentado en el sillón número 16, el mismo que ocupó Juan Ocaña, es para mí un orgullo y una satisfacción, que todos ustedes bien pueden comprender.

En segundo lugar, porque yo tenía desde el año 1978 una deuda con esta Academia, y con la Dermatología granadina, que ahora puedo saldar. Mi discurso de ingreso en la misma, el día 29 de enero de dicho año, fue contestado por un insigne especialista, gran amigo de mi familia e insigne caballero: don Marino Gallego Burín. Hoy, pasados 30 años, y contestando al discurso de Vicente Delgado, devuelvo el favor a la Dermatología granadina y a la Real Academia.

Y por último, y quizás el más importante, hoy se me permite por obligación, declarar públicamente lo que pienso de un hombre, médico, pintor y poeta, sin sentir el más mínimo sonrojo, utilizando más el corazón que el cerebro, sin apartarme de la rectitud académica que requiere este solemne acto, pero matizándolo con la admiración y el afecto que profeso por el beneficiario y su familia.

Como el nuevo académico nos ha relatado, nace en La Roca de la Sierra, un pueblecito de la provincia de Badajoz, a 40 kilómetros de Mérida y 30 de la capital pacense. Sus primeros años corren por vestigios romanos, la civilización más importante que ha tenido España, y que permite distinguirnos claramente de los no romanizados. Calzadas, columnas, teatros, piedras de arte al fin y al cabo, en un ambiente de claros paisajes, hacen que el pequeño Vicente aprenda algo que uno de sus exegetas como pintor ha resumido diciendo “la abrumadora escala de los cálidos espacios que el pintor percibe”. Allí recibe de don Leopoldo las inquietudes culturales y artísticas, que el mismo Vicente ha definido esta tarde, diciendo que le enseñó a “caminar pintando”. Allí entre las encinas, la jara y el romero, por él siempre soñados en sus pinturas y en sus poemas cuando sea adulto, se irá perfilando la personalidad del hombre y del artista.

Tras ese bachillerato con los padres salesianos, que le enseñan a pensar, observar y creer, viene a la Facultad de Medicina granadina, y al Hospital Clínico San Cecilio, que él ha llamado su nueva casa. ¡Cuánto ha cambiado la situación! ¿Alguno de los nuevos Residentes diría hoy esas mismas palabras? Entonces se elegía especialidad y maestro, y se elegía Hospital. Y no había horas para aprender, pues todas eran buenas. Con esa ilusión, y maestros como Dulanto, Sánchez Muros y Martín Gómez, Vicente aprende a ver enfermos, y digo ver por la importancia que la observación tiene en esta especialidad; y aprende a curar médica o quirúrgicamente: y aprende a tratar a los enfermos como personas, con un cariño especial, que nadie le discute. Los grandes avances de la técnica nos pueden conducir a una medicina excesivamente tecnificada y el enfermo, aún haciendo mucho por él, puede ser y sentirse simplemente una pieza más en el círculo tecnológico. No podemos ni debemos olvidar que el “acto médico” se fundamenta sobre la relación medico-enfermo, y en ésta debe existir realmente el contacto entre el médico y el enfermo (Espinós D., 2003). Si esto no es así, la medicina habrá perdido su carácter humanitario, que por otro lado tanto peligra por la socialización y masificación, que conducen a un acortamiento del acto médico. Decía Jiménez Díaz que “clínica auténtica es la que hace un hombre frente a otro hombre, entre un hombre que pide ayuda y otro que está preparado y dispuesto a darla”.

Se hace así el doctor Delgado médico especialista en Dermatovenereología y en Cirugía Reparadora. Mientras tanto recorre todos los escalones de la docencia y el profesorado, Ayudante adscrito, Ayudante de Clases prácticas, encargado de Curso, Adjunto y Agregado interino, Titular numerario por oposición, y Coordinador de enseñanzas de diversas áreas de la especialidad, tanto del pregrado como del postgrado.

En lo asistencial, además de los tres años de Residente en el Hospital San Cecilio, fue durante un año Adjunto Clínico, y durante diecinueve Jefe de Sección, siempre en el Servicio de Dermatología del Clínico granadino.

En el área investigadora, que nunca podemos separar los médicos de la asistencial y de la docente, es miembro del Centro Coordinador de Especialidades Médicas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y del Grupo de Investigación de Dermatología Médico-quirúrgica de la Junta de Andalucía, con una

línea sobre Micología Cutánea; por otra parte de la que es miembro Fundador en la Academia Española de Dermatología y Venereología. Ha dirigido ocho Tesis Doctorales, publicado 84 trabajos y 27 libros y capítulos de libros, y presentado 195 comunicaciones a Congresos nacionales o internacionales. En estas cifras frías, pero imprescindibles de citar por mi parte, lo que se esconde son muchísimas horas dedicadas a los enfermos, la búsqueda de bibliografía, la siempre difícil redacción de los trabajos y la no menos engorrosa tarea de pulir y rectificar las aportaciones que todo médico dedicado a la investigación tiene que realizar para presentar trabajos orales o escritos, que sólo los que tenemos por costumbre publicar, entendemos del valor, las horas y la paciencia que se necesitan,

Pero como dice nuestro compañero Académico y Vicepresidente de esta Corporación, Antonio Campos, “en el ejercicio de la Medicina, el profesional además de las dos cualidades esenciales de buscar permanentemente el saber científico para entender la enfermedad y curarla, y la cualidad de vivir y sentir el quehacer médico como una labor colectiva que implica la interrelación entre el médico, el enfermo y su entorno”, debería estar también presente una tercera cualidad: “la de crear y buscar mundos imaginarios ajenos a la realidad cotidiana de la Medicina y del sufrimiento humano”. Y en el caso del doctor Delgado ese mundo imaginario ha dejado de serlo para convertirse en una clara realidad, llamada pintura y poesía. Es decir, Arte con mayúscula.

Vicente Delgado pintor, requiere un estudio detallado. Estudio que va a explicar más adelante, el tema de su Discurso de ingreso que esta tarde nos ha traído. Alguien podía pensar que Vicente tiene una afición a la pintura (la palabra *hobby* no me gusta). No es cierto. El es un pintor. Como es un médico. O como se es padre de familia. Forma parte de su integridad como ser humano, Bastaría decir, que ha realizado 10 exposiciones individuales y 38 colectivas, para comprender el por qué de mi aseveración. Otro tema es que a él no le guste que le llamen médico-pintor ni pintor-médico. Blanca, con amor conyugal, lo resuelve diciendo: “Es una persona sencilla, con gran inquietud por todo, pero en especial por la medicina y por el arte, aunque no por las relaciones entre ambas, sino por las relaciones que mantienen cada una de ellas con el hombre”.

Vicente, él lo ha dicho, aprende a pintar con el impresionismo, para realizarse como expresionista. Su pintura está llena de paisajes que empezaron impresionistas, hasta que en 1981 en la exposición “Figura, tres variaciones” deja de pintar lo que ve, para expresar lo que siente. Y según todos sus críticos, siente el color, ese color que recogió cuando caminaba pintando con su maestro Leopoldo, y que traduce primero lo extremeño, y aunque le llegue más tarde, ahora se funde con lo granadino. Eva Galán dice que para Vicente “la pintura es refugio y meta de sus más altas aspiraciones y sentires, íntimo baluarte de soledades y silencios, hermoso espacio para la reflexión y el viaje interior a través de la percepción del exterior”.

Pero es muy difícil separar el pintor del investigador que lleva dentro cualquier galeno. El Vicente pintor posee un afán de búsqueda en su expresionismo, con un deseo enorme de libertad, de “febril explosión cromática” en palabras del profesor Henares, catedrático de Historia del Arte de nuestra Universidad granadina.

Y además poeta. Su libro “Alrededor de la laguna”, segundo premio del Certamen de la Facultad de Medicina del año 2005, está lleno de sus ideas hechas rimas y de su trayectoria vital. Así cuando dice:

“Con las palabras,
que el viento de la infancia,
acaricia mis recuerdos,
quiero pintarte un cuadro,
que salga desde el suelo,
de mi tierra y de sus gentes,
de mi padre y mi pueblo...”

nos está contando su caminar por la vida, su infancia y su madurez.

ooo000ooo

Como no podía ser de otra forma el discurso que el beneficiario nos ha leído hoy, es un estudio histórico conjunto de la trayectoria en el tiempo de la micología médica y de la pintura de su tiempo.

Los hongos pertenecen al Reino *Fungi*, y se diferencian de las bacterias en que poseen membrana celulósica, estructuras más desarrolladas y tienen formas de reproducción múltiples, y no por partición binaria como aquéllas. Son organismos eucariotes, heterótrofos, que absorben nutrientes solubles simples, obtenidos de los polímeros, gracias a su dotación en depolimerasas, enzimas celulares secretados extracelularmente.

Los hongos conforman uno de los grupos de organismos con mayor poder de adaptación entre todos los que pueblan la superficie terrestre. La rapidez de su crecimiento, su capacidad de multiplicación y de dispersión son proverbiales. Si en la constante lucha por la supervivencia que constituye el *leif motiv* del proceso evolutivo, es cierto que el triunfo va a corresponder a los mejores adaptados, debemos empezar a pensar que pueden ser los hongos y no nosotros (ni tan siquiera los más mansos de entre nosotros), quienes heredarán la tierra (Vicente Crespo, 1989).

De las 100.000 especies de hongos, se reconocen unas 500 como patógenas humanas o de animales y 200 pueden afectar al hombre; de ellas unas veinte producen afecciones cutáneas, otras veinte infecciones sistémicas, y doce cuadros clínicos subcutáneos. Pero con la mayor frecuencia de sujetos inmunocomprometidos o debilitados, el número de comunicaciones sobre infecciones fúngicas oportunistas, graves o letales, aumenta cada día en la prensa médica mundial. Se ha calculado que aún no han sido descubiertas de una a diez millones de especies, y cada año se describen de 1.000 a 1.500 especies nuevas (Guarro J., 1999).

Actualmente la taxonomía del Reino de los Hongos, los divide en tres grandes *Phylum*: *Zigomycota*, *Basidiomycota* y *Ascomycota*. En este último se encuentran géneros tan importantes como *Candida*, *Microsporum*, *Trichophyton*, *Ajellomyces*, *Neosatorya* (teleomorfa de *Aspergillus*) o *Pneumocystis*.

De la historia del conocimiento de la patogenicidad de los hongos, nos ha hecho el doctor Delgado un repaso extenso, con las principales aportaciones de los distintos autores. Para explicar el nacimiento del impresionismo, nos cuenta cómo a partir de los estudios de Newton y Young, nace el conocimiento científico de la descomposición de la luz en los colores del espectro, y cómo éstos forman por un mecanismo inverso la luz blanca. El pintor utiliza así en su lienzo los colores de la paleta para reproducir las luces y las

sombras de la Naturaleza. Pero a la vez, los impresionistas de la segunda mitad del siglo XIX, están asistiendo sin saberlo al descubrimiento de la Micología patógena, porque Bassi, Remak, Gruby y Robin son contemporáneos suyos. Es a finales de ese siglo y primeros del XX, cuando Sabouraud, el micólogo más importante de esta historia hace sus mayores aportaciones a la etiología, taxonomía y tratamiento de las micosis cutáneas. Y es en esos momentos cuando Matisse, Braque, y tantos otros franceses y alemanes conciben el expresionismo, y Picasso en 1907 pinta las señoritas de Avignon, cuyo centenario acabamos de celebrar, y que es para muchos el comienzo de ese nuevo arte, denominado cubismo.

Delgado, desde su conocimiento de ambas irrupciones en el campo de la Ciencia una y en el de las Artes otra, ha sido capaz en su discurso de reflejar esa idea de unión de dos hechos históricos, que otros no hubiéramos podido percibir. Por ello, hoy le estamos agradecidos.

ooo000ooo

Pero pobre aportación haría yo a la presentación del nuevo Académico, si no hablara de la persona que hoy nos va a acompañar. Por supuesto que ya hemos citado su valía como médico y como artista. Permítanme ahora, que hable del resto de sus características humanas. Vicente es un hombre bueno, bondadoso, sonriente aunque con un aire pensativo, infatigable en el trabajo, entregándose a cualquier proyecto con una generosidad sin límites. Su trato con los amigos, la familia o los enfermos es parejo: con afecto, con cariño, con entrega.

Decía uno de mis maestros, el profesor Matilla, Secretario de la Academia Nacional de Medicina durante 48 años, que para afrontar las dificultades de cada día, esas que a veces nos quitan ensueño, hacen falta dos cualidades: El dinamismo y el optimismo. Optimismo ante los múltiples avatares que la vida profesional o familiar nos aporta, dinamismo para estar siempre dispuesto a empezar una nueva acción, una nueva tarea, luchar por un nuevo ideal. El profesor Delgado reúne ambas cualidades, que irradian a las personas que le rodean, y que actúa siguiendo a Faulkner

cuando dice que “la cabeza sabe distinguir el bien del mal, pero el corazón obra siempre partiendo de que uno desea ser mejor”.

Y así llegamos al estudio de otras facetas del recipiendario. Vicente es un hombre eminentemente familiar. Lo fue desde que siendo médico del Colegio Mayor Isabel la Católica conoce a Blanca, lo es como padre de César y Jaime, médicos; y Javier, profesor de la Universidad de Granada; y lo es aún más con su nieto Federico, que revoluciona el hogar con sus cinco meses largos de vida. Y lo es íntegramente, educando a los hijos en su misma línea de cultura, que él adquirió y tiene. Así, los llevó con seis años a visitar el Museo del Prado, para que observaran que la pintura es más que un lienzo, que es la vida de nuestros antepasados recreada en el arte de paletas geniales. Y les enseña el cariño a los animales, que el matrimonio deposita en un perro, de la raza *collie*, al que bautizan como Sam (en honor de Sabouraud), y una gata, Candi (por *Candida albicans*).

Y no creamos que la pintura o la poesía sean sus aficiones, como antes decía. La fotografía, la lectura de libros de Historia, la ópera, y sobre todo, la jardinería, de la que es un experto cuidadoso, son otras muchas facetas humanas de la vida del nuevo Académico. En las rosas, los geranios, los jazmines y galanes de noche deposita sus mimos, para que la casa de El Puntal, luzca y huela para sus moradores. Y, por supuesto, allí pinta, allí crea, allí tiene su laboratorio de colores, donde aparece su expresionismo.

Hablar de Vicente es hablar de Blanca, compañera y esposa. No los podemos separar. Y hoy han ingresado ambos en la Academia. Blanca, que en latín es *albicans*, y en Granada es nieve, será esposa, es hija, es madre, y ahora es abuela. Abuela-canguro, como tantas de las que me escuchan, pero eso sí, abuelas felices. Felicidad Blanca en nombre de la Academia, a la que ahora te encuentras también unida.

Antes de hacer punto final, deseo agradecer muy de corazón la amable atención que han prestado a mis palabras, y pedir disculpa por el tiempo robado. El acto que estamos celebrando es el de un relevo impuesto por la inexorable ley del destino, que rige el guiñol de la vida. Las generaciones se van sucediendo, y en las corporaciones es ininterrumpida la sucesión de sus componentes y miembros. En la Academia lamentamos frecuentemente la pérdida y ausencia definitiva de ilustres compañeros, cuyo recuerdo es para

todos nosotros imborrable, pero surgen inmediatamente otros hombres esforzados y meritorios, que recogen la antorcha de la Ciencia, con el encargo de avivar su llama perenne, de ese fuego simbólico al que rendían culto los antiguos atenienses en forma de la diosa Atenea Higeia, la diosa de la Salud. Hoy nos cabe la suerte de vivir el momento del paso de la antorcha a un nuevo Académico, al que todos le deseamos una contribución provechosa en nuestras tareas, hecho que no dudamos por sus excelentes méritos. ¡Bienvenido seas a ésta desde ahora tu casa!

Y permítanme para terminar, que lea un verso de Vicente Delgado, de su libro “Alrededor de la laguna”:

Cuando por la ventana
en el otoño,
veáis las hojas ocres
en la tierra
y el infinito rojo
del atardecer,
acordaos de Granada.

He dicho